

Riesgo, opacidad, globalización y confianza en los tiempos del coronavirus

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

Riesgo, opacidad, globalización y confianza en los tiempos del coronavirus

Redacción y autoría: Iraide Alvarez (investigadora en Ciencia Política, UPV-EHU)

Autoría: Alumnado de la Asignatura de Cambio y Conflicto Político (UPV-EHU)

Coordinación: Igor Ahedo, profesor de Cambio y Conflicto Político (UPV-EHU)

Presentación

La ciencia política es una disciplina que aporta muchas herramientas para comprender nuestros tiempos. En el marco de la asignatura Cambio y conflicto político, al alumnado del cuarto curso del Grado de Ciencia Política y Gestión Pública de la Universidad del País Vasco – Euskal Herriko Unibertsitatea se le solicitó reflexionar sobre una de las teorías explicativas de nuestro tiempo a partir de su propia experiencia de confinamiento. Concretamente, se pidió que aplicaran a la realidad que estaban viviendo desde sus casas, en pleno aislamiento y confinamiento, los rasgos que uno de los sociólogos más importantes de nuestros tiempos, Anthony Giddens, había identificado como los elementos constitutivos de la época que se inauguraba con el siglo XX, en sus términos “la alta modernidad”.

Concretamente, los rasgos que el analista percibía eran a) el riesgo, en su expresión universal, global y reflexiva, b) la opacidad y dificultad para identificar la lógica subyacente a fenómenos cada vez más complejos, c) una globalización que incrementaba los elementos anteriores, multiplicando los riesgos y la opacidad, y, finalmente, d) la necesidad de confianza con la que la humanidad debía encarar un tiempo incierto.

La calidad, profundidad y ejemplaridad de los trabajos elaborados por los 33 alumnos y alumnas que participaron en el ejercicio no solo mostraba la madurez del alumnado, sino también el compromiso personal con el que habían encarado la tarea. La pluralidad de miradas y ejemplos que presentaban conformaban un crisol tremendamente clarificador de las diversas aristas que esta teoría mostraba en el contexto de la crisis del coronavirus. Sus reflexiones, las reflexiones de alumnos y alumnas en torno a los veinte años, no podían caer en el olvido. Podrían ser una herramienta para que, desde nuestras casas, pudiéramos entender nuestros tiempos. Por esta razón, para mostrar lo mucho que las nuevas generaciones de politólogos y politólogas pueden aportar a nuestras sociedades surgió un sueño que se ha hecho realidad. Gracias a la labor de artesanía de Iraide Alvarez, que ha tejido los argumentos de estos y estas jóvenes, tenemos este trabajo colectivo cuya autoría corresponde a esos 33 alumnos y alumnas que en pleno confinamiento reflexionaron para que nuestra sociedad se pueda entender mejor

Igor Ahedo, profesor de la asignatura Cambio y Conflicto político, 4º curso del Grado de Ciencia Política y Gestión Pública de la UPV-EHU

Autoria

Redacción y autoría: Iraide Alvarez (investigadora en Ciencia Política, UPV-EHU)

Coordinación: Igor Ahedo, profesor de Cambio y Conflicto Político (UPV-EHU)

Autoría: Alumnado de la Asignatura de Cambio y Conflicto Político, 4 curso del Grado en Ciencia Política y de la Administración de la Universidad del País Vasco – Euskal Herriko Unibertsitatea

- Abando Olabarri, Danel
- Beaumont O'Donovan, Nessa
- Bellota Rodríguez, Unai
- Brito Oliveira, Claudio
- Bustillo Fernández, Samuel
- Cambra Gainza, Julen
- Cazorla Moreno, Esther
- Domínguez Muriel, Ander
- Echeverria Jimenez, Jokin
- Elizaran Mendarte, Mikel Joseba
- Elkoroberezibar Beloki, Mikel
- Etxebarria Castro, Izei
- Fernández Barcina, Alejandro
- García Gómez, Leire
- Gomez Echegoyen, Catalina
- Gurrutxaga Larrañaga, Eider
- Hurtado González, Leire
- Jauregi Maza, Lander
- Larrea Ibarreche, Julen
- Larrinaga Barrenechea, Pablo
- Manzano Martínez, Imanol
- Martinez Rodriguez, Ivan
- Martínez Tena, Jorge
- Odriozola Castrillo, Edurne
- Ormaetxea Prieto, Imanol
- Ortuondo Motiozabal, Jon Ander
- Pagliarani, Nicola
- Pérez Hervas, Gontzal
- Pérez Sánchez, Sergio
- Quer Vidal, Albert
- Samaniego Expósito, Janire
- Serrano Nodar, María
- Zubeldia Zumarraga, Hostaitza

Introducción

Cuatro años más tarde del accidente nuclear de Chernóbil, el sociólogo Anthony Giddens publicó una obra de referencia: *The Consequences of Modernity* (Consecuencias de la modernidad), que sigue proporcionando pautas adecuadas para interpretar criterios para organizar e interpretar la sucesión de acontecimientos que desde entonces van confirmando, actualizando y precisando las perspectivas del sociólogo británico. La detección del Covid-19 nos está permitiendo asistir a cada uno de nosotros y nosotras, a pesar del frontal negacionismo que muchos y muchas manifestaron acerca de la gravedad que entraña el virus hasta el momento en que comenzaron a decretarse confinamientos a escala global, a la evolución hacia sociedades en las que reducir y prevenir las catástrofes generadas por la propia modernidad se convierten en temas centrales.

¿A qué nos referimos con esto? Desde posturas provenientes del realismo utópico, durante el transcurso del siglo pasado comenzó a advertirse un radical giro antropológico -tanto estructural como subjetivo- que ponía de relieve el desplazamiento de la primera modernidad, cuyo eje principal era la distribución de bienes, por una modernidad tardía que pende de la hipótesis de una *coupure*, una radicalización y universalización de las consecuencias de la modernidad,¹ y que se encuentra estructurada alrededor de “las amenazas así como de las promesas que nos ofrece la época (...) que nos ha tocado vivir”². Sobre esta base, Giddens esbozó una fenomenología de la tardomodernidad considerando cuatro rasgos (ver Figura 1) dialécticamente relacionados cuya formulación, sin olvidar los importantes debates aún no resueltos, es sugestiva y útil para la interpretación de la crisis del Coronavirus.

Figura 1. Rasgos de la modernidad

tardía según Giddens (1993)



Fuente: Elaboración propia

¹ Giddens, Anthony [1990] (1993). *Consecuencias de la modernidad*. [Trad.: Ana Lizón Ramón]. Madrid: Alianza Editorial.

² Sztompka, Piotr [1993] (1995). *Sociología del cambio social*. [Trad.: Ángel Rivero Rodríguez]. Madrid: Alianza Editorial, pág. 109.

Además de esa reflexividad que se erige como característica distintiva de la modernidad tardía, ésta se distingue de la primera modernidad por el discurso de un **riesgo** que empieza donde la **confianza** en nuestra seguridad termina, y deja de ser relevante cuando ocurre la potencial catástrofe. Bajo estas situaciones “apocalípticas” afloran nuevas formas de incertidumbre, de **opacidad**, inherentes a las diagnósis del riesgo y, por extensión, de los fallos en: 1) el diseño de los sistemas abstractos, cada vez más complejos; 2) el operador, inevitables por el papel necesario (aunque limitado) de un ser humano naturalmente imprevisible en el funcionamiento y control de los sistemas abstractos. El último rasgo complementario es su fluidez, es decir, el cronotopo y la reflexividad inherente al universo simbólico se sedimentan sobre un estrato completamente plástico y **globalizado** donde las fronteras entre los rasgos de lo privado y lo público en la vida cotidiana son cada vez más porosas.

Los peligros modernos (como el cambio climático, el desastre del Prestige, el 15-S, el cyber virus WannaCry o el Covid-19) no son del todo calculables, abren un horizonte de daños no delimitables -ni espacial ni temporalmente- y refuerzan progresivamente su carácter global. Como hemos podido comprobar, la aparición repentina de una enfermedad, que debido a la vorágine de la globalización se ha extendido por todo el planeta a una velocidad incontrolable, ha traído consigo la manifestación (más que la aparición porque los miedos, las crisis ya estaban presentes pero escondidas en la oscuridad de cada casa) de riesgos de carácter global y universales, de la desconfianza hacia lo que antes se tenía como certero, y del carácter opaco de nuestras vidas. Asimismo, dada no sólo la extendida y depurada red de centros de decisión sobre la que se edifican nuestras vidas sino las reglas de causalidad, responsabilidad e incluso culpa vigentes, las consecuencias del Coronavirus no son fácilmente atribuibles a alguien en particular. Esta combinación de problemas de evaluación, demarcación, atribución y compensación problematiza los pilares sociales del cálculo de riesgos debido a la reflexividad del mismo, distrayéndonos de las imágenes distópicas que asolan las referencias a la tardomernidad así como del efecto *boomerang* de las acciones humanas.

Al objeto de hacer frente a la inseguridad ontológica, y en concordancia con el análisis anterior, Giddens define la forma en que los individuos -rehaciendo en camino inverso la reificación de la realidad- asumen un papel más o menos adaptativo y reactivo a las afecciones estructurales y resume estas respuestas en cuatro actitudes: 1) la **aceptación pragmática**, centrada en la supervivencia diaria y en la inhibición de la ansiedad; 2) el **optimismo sostenido**, caracterizado por sus reminiscencias del proyecto ilustrado tales que la confianza en la providencia divina o el orden del progreso científico-tecnológico; 3) el **pesimismo cínico**, una actitud intermedia entre el abatimiento y la irónica -hedonista mediación con la realidad; y 4) el **compromiso radical**, que es la combinación de un limitado optimismo de los actores con la realización práctica de los intereses. Cada una de estas respuestas muestra, como vemos, una postura diferente en la legitimación o transformación de la realidad existente en función de la prehensión axiológica que cada individuo hace del mundo.

Quien busque un criterio operativo para definir las fronteras de la modernidad tardía lo tiene muy a mano: las mascarillas quirúrgicas. Su función manifiesta, por supuesto, es proteger a las personas de los microbios nocivos. Pero su uso va más allá de sus indicaciones médicas. De hecho, ha existido cierto debate sobre hasta qué punto pueden evitar que las personas sanas contraigan el virus en circunstancias normales y algunas personas expertas han sostenido hasta hace poco que su función está más orientada a evitar que las personas ya infectadas propaguen la enfermedad. Aquí es donde se entremezclan valores culturales, percepciones locales del riesgo, mecanismos de discriminación e incluso intereses económicos.

Lamentable aunque no sorprendentemente, la posibilidad de toparse con población china provocó en las primeras etapas de la pandemia el uso generalizado de mascarillas a pesar de las contraindicaciones médicas. De esta manera, las mascarillas sirven como una barrera física y simbólica entre el cuerpo y el mundo exterior, dando a las personas un sentido de autonomía y seguridad contra amenazas imaginarias y reales. La mascarilla del Otro indica, de manera implícita, que nos teme. El Covid-19 ha aumentado estos temores preexistentes, al igual que los prejuicios raciales que los acompañan (las nociones de contagio y culpa conducen a la consiguiente estigmatización y exclusión). El doble rasero lo encontramos en el acto de alteridad en que han participado las mascarillas al marcar a algunas personas como necesitadas (o dadoras) de protección.

Este ejemplo, aparentemente baladí, constata que las mascarillas faciales, como muchos otros artefactos humanos, revelan facetas de nuestros sistemas culturales tanto como ocultan nuestras caras. Sobre la base de las anteriores consideraciones, el alumnado de cuarto curso del grado en *Ciencia Política y Gestión Pública* (UPV/EHU) ha reflexionado, desde la perspectiva de quien la padece, en torno a la actual crisis y el alcance global de la pandemia demostrando una viva inquietud teórica por esta cuestión. Precisamente, este texto aspira a visibilizar y poner en valor la capacidad analítica del alumnado y a contribuir al debate planteado por la comunidad científica en torno a cuáles serán las consecuencias de esta pandemia -y del distanciamiento social- al pensar en términos de ciudadanía, igualdad, interdependencia global, instituciones políticas y tejido comunitario ante los impredecibles escenarios de impacto de la próxima catástrofe.

Así las cosas, tomando como punto de partida el modelo teórico propuesto por Giddens, y comprendiendo la crisis generada por el Coronavirus como la manifestación de un progreso impredecible cuyas consecuencias amenazan la existencia de la humanidad en la superficie terrestre, podemos observar un despliegue transversal de los cuatro rasgos definitorios de la modernidad tardía pero también que, al mismo tiempo, lo hacen de un modo en el que el propio autor no previó en sus planteamientos. Si la propia crisis podría provocar que algunas de las columnas vertebrales de esta época se pongan en tela de juicio es una la cuestión central sobre la que trataremos de arrojar luz a lo largo de las siguientes páginas.

1. Riesgo

El situacionismo de Giddens frente a un escenario de incertidumbre tiene la notable virtud de haber convertido el riesgo en una unidad de observación. Objetivamente podemos observar una **universalización del riesgo** en la medida en que el peligro del virus evidencia un tipo de amenaza global y universal que, desde una mirada apriorística, ningún miembro de la sociedad puede eludir y que debido a su naturaleza omnipresente pone de manifiesto ese riesgo compartido que caracteriza a la modernidad tardía. En la sociedad que describe el sociólogo, la distribución de una pandemia como el Covid-19 parece ser relativamente ciega a las desigualdades. Merece la pena detenerse en la etimología de la palabra pandemia para señalar que se trata de un cultismo derivado de la combinación de los morfemas griegos *pan* – totalidad y *dēmos* – pueblo. En consecuencia, puede entenderse que pensadores clásicos como Platón y Aristóteles emplearan esta noción en sus escritos como sinónimo de “lo público” o “lo que concierne al conjunto de la población”.³ Si atendemos a esta postura filosófica, es comprensible caer en el trampantojo de la isonomía y pensar que los riesgos fluyen fácilmente por encima de las fronteras nacionales, de clase y de género y que el virus no distingue entre un CEO de una gran multinacional como Apple y un mozo de almacén en el mercado de abastos de Wuhan.

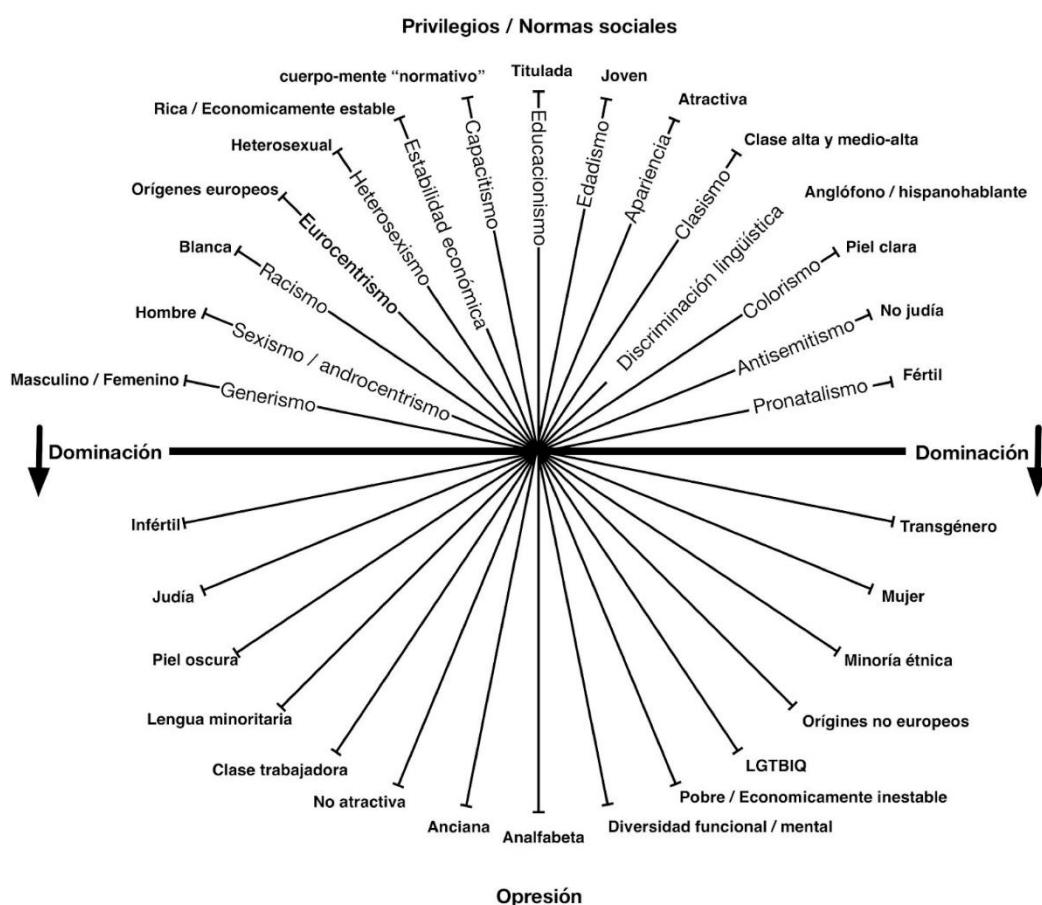
No obstante, la casi distópica situación actual de biopolitización y restricción en la movilidad humana ha acentuado las profundas (y crecientes) desigualdades de las condiciones de vida de la población, ofreciéndonos un marco de trabajo que revela las potencialidades heurísticas de la “matriz de dominación” propuesta por Patricia Hill Collins⁴ (ver Figura 2) que nos permite percibir y comprender los distintos cruces de estructuras que afectan a los individuos en relación con, al menos, la clase social (el empleo y el nivel educativo), la diversidad funcional, la edad, el género, el espacio que habitamos, la racialización y la salud mental.⁵

³ Ver Platón (2004). *El banquete*. Madrid: El libro de bolsillo.

⁴ Collins, Patricia Hill (1990). *Black Feminist Thought. Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. London: Routledge.

⁵ Dado que la ordenación de los diferentes ejes puede ser controversial -pues entronca con uno de los debates centrales que plantea la interseccionalidad, a saber: ¿son todos los ejes igualmente relevantes o existe una jerarquía en función de la injusticia que generan?- hemos optado por ordenarlos según el criterio alfabético en tanto en cuanto consideramos que no es posible una priorización universal de los ejes.

Figura 2. Intersección de ejes de privilegio, dominación y opresión



Fuente: Morgan, Kathryn Pauly (1996). "Describing the Emperor's New Clothes: Three Myths of Educational (In-)Equity" en Diller, Ann (ed.) *The Gender Question In Education Theory, Pedagogy, And Politics*. Boulder: Westview Press.

La posición tanto física como simbólica que ocupa cada individuo nos está permitiendo enfrentar el confinamiento de maneras muy diferentes. Puesto que nuestros cuerpos no pueden hablar (o al menos necesitan de una -o varias- intermediarias para expresarse en formato escrito), creemos necesario ilustrar a través de ejemplos algunos de los ejes que operan sobre los cuerpos y que estructuran sus movimientos en el momento de cuarentena preventiva que vivimos. En este contexto, la calidad de nuestra vivienda es esencial. Es claro que no es lo mismo estar confinado/a en un chalet de 200m² a las afueras de una gran ciudad, con cristalerías diáfanas, dentro de una urbanización privada dotada de piscina, gimnasio y grandes espacios que ofrecen alternativas lúdicas y deportivas, que hacerlo en un piso colmena, oscuro, sin mucha ventilación y cuyas ventanas únicamente ofrecen unas vistas a la jungla de cemento. Es más, nos gustaría lanzar la pelota invitando a reflexionar en torno a los siguientes interrogantes: en situación de contagio ¿cómo es posible aislar a un integrante de una unidad convivencial numerosa en un piso de 50m²? ¿Cómo están pasando el confinamiento los cientos de personas que viven en la calle, durmiendo en aceras y medianas de las

carreteras, en los márgenes de las ciudades? ¿Y las miles de personas que sobreviven hacinadas en los *slums* de Bombay?⁶

Pero las desigualdades de clase no se perciben exclusivamente en las oportunidades que nos ofrecen nuestras viviendas. A estas cuestiones del espacio habitacional hay que sumar una pieza clave en la brecha social que nos ratifica como una sociedad de dos velocidades: la tecnología. La capacidad de asumir un distanciamiento físico y social es, en aquellos casos en los que es posible trabajar desde casa,⁷ mayor para aquellas personas que disponen de ciertos recursos en sus hogares, barrios y ciudades. Mientras el Gobierno prorroga el carácter preferente del teletrabajo así como da el visto bueno a los centros educativos para finalizar el curso académico de manera online, numerosas familias se enfrentan a dificultades para armonizar ambas situaciones debido un acceso muy limitado a la tecnología, pues no todos los hogares disponen del número requerido de dispositivos tecnológicos.⁸ Ante esta circunstancia, que no es hipotética sino violentamente real, no es difícil sospechar que a quien más perjudica es al rendimiento (así como al cuidado) de las criaturas de las familias más precarias.

A su vez, el confinamiento de los niños y las niñas menoscaba en particular a las mujeres en tanto que, como sostiene la economista Amaia Pérez Orozco, en el Estado español existe una distribución desigual de la carga de trabajo (tanto remunerado como no remunerado) en base al género.⁹ Una situación agravada por jornadas laborales inconciliables con la crianza de las criaturas, las tareas domésticas, el cuidado de personas y el descanso propio. En otras palabras, la crisis del Coronavirus ha profundizado una crisis de los cuidados que pone el énfasis sobre la corresponsabilidad en el ámbito privado y familiar. Esta situación nos confronta con un interrogante sencillo pero fundamental para los estudios feministas: ¿quién se encarga de quién? Si miramos más allá del trabajo informal de cuidados, podremos observar que aquellos empleos remunerados que son indispensable en la crisis sanitaria que asola nuestra contemporaneidad forman parte de sectores feminizados. Entre estos empleos, nos encontramos con el personal de atención médica (además del personal sanitario, incluimos en este sector a las gerocultoras y auxiliares de geriatría en residencias y centros de día), el personal de farmacia, el personal de limpieza, el personal de

⁶ En este sentido, la difusión del mensaje #yomequedoencasa y la consecuente romantización de la cuarentena es un privilegio de clase, como rezaba un cartel que pendía de un balcón, en la medida en que asume que la única preocupación que generan estos tiempos es el encierro, pero ignora las preocupaciones económicas, la crisis de cuidados, la violencia machista, el acceso a servicios básicos y otras cuestiones.

⁷ Esta posibilidad, al no estar al alcance de todas, nos interpela desde una perspectiva tricotómica de clase: quienes padecen la pérdida de su empleo, quienes gozan de la posibilidad de trabajar virtualmente y quienes sufren la obligación de trabajar presencialmente. A su vez, disponer o no de vehículo privado pone de relieve otra de las desigualdades de la crisis en la medida en que son muchas las personas que siguen aglomerándose en el transporte público durante las horas punta.

⁸ Según el INE (2019), un 8% de los hogares españoles no dispone de acceso a Internet. De éstos, un 28% señala como principal motivo el alto coste de los equipos. Una desventaja agudizada por el cierre de centros públicos como las bibliotecas.

⁹ Recomendamos encarecidamente la lectura del artículo Orozco, Amaia (2006). “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico”, *Revista de Economía Crítica*, no. 5, pp. 7-37.

supermercados y las empleadas de hogar que, no lo olvidemos, son en su mayoría mujeres migradas.¹⁰

Otra de las consecuencias de la crisis de cuidados agravada en situaciones de pandemia son las mayores cotas de precarización económica, lo que se traduce en tasas de actividad inferiores y, al mismo tiempo, tasas de temporalidad e informalidad y una brecha salarial de hasta el 22% en el Estado español.¹¹ Además, el acceso a las medidas de protección suele ser más difícil para las mujeres a pesar de la triple jornada que asumen en sus vidas cotidianas. Las economistas feministas destacan que en momentos de crisis crece el tamaño de la economía informal y doméstica frente a la economía formal o de mercado, lo que afecta con más fuerza a las mujeres. Como vemos, el estado de confinamiento es un doble yugo para las mujeres que reúne disímiles factores que potencian el riesgo dentro del hogar. Así, la reclusión de los hombres en este espacio aumenta los casos de violencia de género y agrava la situación de vulnerabilidad que sufren las víctimas.¹² En palabras de la filósofa Silvia Federici: “las mujeres están en el centro de una crisis increíble”.¹³

No hay duda de que el cierre de colegios, las limitaciones del teletrabajo y las jornadas laborales inconciliables de los padres y madres también perjudica a las personas mayores, que son convertidas en incombustible a perpetuidad a través de la figura de la “abuela esclava”. No hace falta señalar la paradoja o, mejor dicho, el conflicto evidente: la dificultad para conciliar está obligando a muchas familias (generalmente aquellas más precarias) a dejar a las criaturas -que son las mayores transmisoras del Coronavirus- al cuidado de las personas mayores -que son la población de mayor riesgo-. Ahora bien, ¿quién está cuidando de nuestros mayores? Aunque es cierto que no podemos hacer generalizaciones, pues no todas las personas mayores son iguales ni se encuentran en el mismo grado de vulnerabilidad, esta crisis está poniendo de relieve las deficiencias de los mecanismos y recursos disponibles para favorecer la protección social de nuestros mayores, así como la importancia de los cuidados más allá del Coronavirus y la relevancia de las políticas de redistribución que enfatizan una intersección crucial: género, edad y clase social.

Pero ¿qué hay del eje relativo a la racialización? Como venimos diciendo, si bien el virus no discrimina *motu proprio*, las personas lo hacemos cincelados como estamos por un sistema cultural y de metáforas que prima y entrelaza fenómenos tales que el capitalismo, el nacionalismo, la xenofobia y el racismo. Por un lado, nos encontramos con algunos elementos de carácter previo al despliegue del Covid-19, como la cadena global de cuidados, una responsabilidad soportada principalmente por mujeres

¹⁰ Para conocer el porcentaje de mujeres que ocupan estas profesiones, revisar los datos obtenidos por la EU-Labour Force Survey (Eurostat).

¹¹ Datos oficiales del Instituto Nacional de Estadística (INE) a fecha de 2017.

¹² No es que consideremos que el espacio doméstico es un mundo reservado exclusivamente a las mujeres, pero sería ingenuo obviar que la dual configuración polis/oikos es uno de los puntos de partida de la genealogía patriarcal.

¹³ Aprovechamos para recomendar la lectura de Federici, Silvia [2012] (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños, punto de referencia de la teorización feminista en torno al trabajo reproductivo.

migradas. Por otro lado, observamos que el miedo ante el mortal brote y los prejuicios han despertado actitudes discriminatorias hacia la población asiática. La intolerancia al Otro expresa sintomáticamente ese temor primordial y se manifiesta al comprenderlo como culpable, potencial amenaza e incluso riesgo inminente. La campaña #YoNoSoyUnVirus, una lucha contra las actitudes racistas en las redes sociales, nos confronta con un interrogante central para la teoría política contemporánea: ¿a través de qué mecanismos podemos aspirar a conformar una sociedad en la que sea posible mantener el lazo social sin que la cohesión vuele por los aires?¹⁴

Quizá la vida en cuarentena de estos *habitus outsider*¹⁵ no genera tanta repercusión mediática como el día a día de *celebrities* e *influencers*, pero son precisamente los y las invisibles quienes asumen el precio más alto de la **globalización del riesgo**. De hecho, la crisis del Coronavirus ha constatado nítidamente que vivimos y estamos supeditados a un sistema necropolítico que prioriza la vida de unas personas en a lo largo de la cartografía de una modernidad que esconde bajo su máscara diferentes formas de exclusión.¹⁶ ¿Qué vidas importan? Encontramos en la analogía entre los virus corona y ébola un ejemplo paradigmático que ilustra la discriminación como elemento constitutivo de la modernidad: ambos se parecen en epidemiología, pero el ruido que han generado globalmente ambas epidemias ha sido sustancialmente diferente. El ébola, a diferencia del Coronavirus, no trajo consigo una desaceleración de la economía global, ni una fluctuación de la bolsa de valores, ni el cierre mundial de fronteras (probablemente debido a su difícil propagación consecuencia de la pobreza de la población de las regiones en que se origina), ni la eclosión de congresos académicos.

Ciertamente, el efecto real de la pandemia de Coronavirus es su rápida transmisión a través de los territorios debido a la interacción humana que rompe el muro del separatismo para establecer interacciones humanas en un extenso rango de ámbitos (político, económico, social) trascendiendo las fronteras espaciales que separan a los individuos. En la globalización, que ha hecho que el mundo pierda sus límites a través de los desplazamientos (terrestres, aéreos y marítimos), las comunidades han establecido una unificación global encabezada por el desarrollo de los diferentes medios de transporte. La movilidad de la humanidad es efectivamente el sello distintivo de la modernidad, pues intensifica el tráfico masivo, simultáneo y veloz en diferentes espacios territoriales, convirtiendo el turismo internacional en parte de la cultura de la sociedad moderna. La propagación global del Coronavirus, en este sentido, prueba las

¹⁴ Para abordar la problemática de la xenofobia y la crisis del multiculturalismo, remitimos a los aportes teóricos de Young, Iris Marion [1990] (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. [Trad.: Silvina Álvarez]. Madrid: Ediciones Cátedra y Slavoj, Žižek (2006). *Arriesgar lo imposible. Conversaciones con Glyn Daly* [Trad. Tomás Fernández y Beatriz Eguibar]. Barcelona: Gedisa.

¹⁵ Término empleado por Jone Martínez-Palacios, profesora del Grado en Ciencia Política y Gestión Pública en la UPV/EHU, para referirse a una genealogía bourdiana de las matrices que permite indagar en las formas de dominación incorporadas, ofreciéndonos de esta manera un marco de posibilidades de producción de herramientas de conocimiento situado.

¹⁶ Para un análisis pormenorizado de esta teoría recomendamos la lectura de Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina [sic].

declaraciones de Giddens, quien nos recuerda que el viaje de la modernidad no siempre es agradable ni controlable.

Tras la promesa de velocidad no solo están los humanos que se mueven fácilmente de un lugar a otro, el virus también lo hace. ¿Cómo y desde dónde nos afecta esto a los seres humanos? Una breve mirada sobre el contexto en que se nos enmarcamos nos permite reparar en que el menoscabo de las condiciones de salud de algunos estratos de la sociedad se debe a la pauperización en materia de financiación estatal, responsable de las deficiencias que están afrontando tanto el personal sanitario como la población ante una crisis sanitaria como la actual. La virulenta priorización de la economía de mercado frente a las políticas favorables al mantenimiento de la vida nos ha conducido de manera desbocada y sin frenos hacia un darwinismo sanitario que jerarquiza el tratamiento de las personas, relegando a aquellas que sufren condiciones médicas diferentes al Covid-19. Así las cosas, la globalización de la salud es una cuestión central y un objetivo social deseable que debe afrontarse desde la equidad y sobre la base de una conciencia sanitaria de carácter mundial.

No obstante, son múltiples los elementos que intervienen en la salud de la población motivados por los efectos de la globalización: de un lado, la tendencia *in crescendo* de la interdependencia entre los diferentes actores internacionales así como la irrupción de nuevos actores y alianzas; de otro, la creciente afección de factores coyunturales y espaciales. Asimismo, la erosión de poder de los Estados constituye un factor crucial en el agravamiento de la situación de la salud pública en la medida en que dificulta su actuación sobre cuestiones determinantes de la salud, a saber: el comportamiento de los mercados internacionales, los estilos globales de consumo, la comercialización de bienes y servicios concernientes a la salud e incluso la crisis medioambiental de escala planetaria. Los primeros efectos de esta progresiva **institucionalización del riesgo** lo encontramos no sólo en la actuación de la Organización Mundial de la Salud (OMS) en términos de catalizador de la pandemia, sino en la mera existencia de una institución orientada a garantizar la seguridad de las personas que pone de manifiesto el carácter intrínseco del riesgo a la época en la que vivimos.

En el escenario geopolítico, nos encontramos con un blindaje del mercado CE en los productos sanitarios que ha incentivado una forma de abastecimiento que ha incrementado las leyes de la oferta y la demanda en un complejo mercado que vende la victoria contra el Covid-19 al mejor postor. La pandemia no sólo ha trastocado la política interior de los diferentes países, sino que está forjando un conflicto diplomático entre los Estados en una carrera por el aprovisionamiento de los recursos sanitarios disponibles en la que impera la ley del más fuerte dada la escasez de material médico. Con este objetivo claro, las grandes potencias mundiales están recurriendo al fraude especulativo en el mercado internacional: compras a proveedores sin homologación, la confiscación material destinado a otros países e incluso subastas a pie de pista. Aunque podemos macerar algunas intuiciones, merece la pena preguntarse cuál será el impacto diplomático de la pandemia.

En la esfera económica ya es posible advertir que la reacción de los mercados financieros está siendo un fiel reflejo de su pánico innato. Las temblorosas sacudidas de la política monetaria de los bancos emisores, a pesar del crecimiento del índice bursátil, han hecho del mercado un ente extremadamente vulnerable que estaba esperando a la implosión, al rebasamiento del vaso a través de esa gota que se ha expresado a través del Coronavirus. El pánico que están viviendo actualmente los *brokers* no es, por tanto, producto de un miedo al virus sino un reflejo del miedo que tienen del propio mercado. ¿Quién nos garantiza que ese *crash* financiero no se hubiese producido del mismo modo sin el virus? El cambio de paradigma y la emergencia de un nuevo riesgo global quizá son sólo el preludio de un colapso económico generalizado. Pero, ante esta amenaza de una recesión, ¿quiénes y cómo aplicarán un plan de choque fiscal? Tras la negativa de Alemania, Holanda, Austria y Finlandia a mutualizar la deuda, todo apunta a que no va a existir un mecanismo común para responder a un *shock* económico de tales dimensiones. Ante estos acontecimientos, todo apunta a que la crisis del Coronavirus va a poner sobre la cuerda floja el futuro de ese fantasma que es Maastricht y, probablemente, el devenir del nuevo orden mundial.

¿Cómo afrontaremos esta crisis? Aún no lo sabemos. Sin embargo, cabe puntualizar que no será posible derribarla a tiros en la medida en que, a diferencia de lo que pudiera parecer debido al uso del léxico empleado durante el confinamiento, el virus no es humano, ni siquiera político. Por supuesto, recurrir a la retórica y a la escenografía de contienda bélica para afrontar esta crisis no es casual. La militarización de la cuarentena, ilustrada a través de las ruedas de prensa ofrecidas por militares uniformados cuyo mensaje, que apelaba a caducas recetas, vino a sustituir el mensaje médico.¹⁷ Este discurso, que empodera (sólo en apariencia) al Estado español, supone asumir una visión masculinizada de la crisis que normaliza la militarización de la vida cotidiana, una situación excepcional que amenaza con justificar al Leviatán y, por ende, el ejercicio de un control biopolítico sobre la población con medidas draconianas de control del movimiento y la privacidad de la ciudadanía.¹⁸

Esta disciplinariedad del cuerpo durante el estado de confinamiento, evocada por los análisis foucaultianos, nos invita a realizar una lectura holística de la **reflexividad del riesgo** desde una perspectiva bio-psico-social que nos permite observar una agudización de las enfermedades mentales, muchas de ellas causadas por el sistema capitalista neoliberal y sus formas de vida. Los cuerpos humanos están sufriendo las consecuencias de la transformación estimulada por la ruptura de la rutinización cotidiana y del confinamiento en nuestros hogares. La alteración de nuestros ritmos circadianos, así

¹⁷ Un ejemplo paradigmático de lo que venimos diciendo lo encontramos en las declaraciones del Jefe del Estado Mayor de la Defensa (JEMAD), Miguel Ángel Villaroya, quien en la comparecencia de la mañana del 20 de marzo manifestaba lo siguiente: “Tengo que felicitar a todos los españoles por la disciplina que están mostrando, todos los ciudadanos comportándose como soldados en este difícil momento. En esta guerra irregular y rara que nos ha tocado vivir o luchar, todos somos soldados” (sic). Para profundizar en el conocimiento de la entronización del lenguaje de guerra en el ámbito médico y social, recomendamos Sontag, Susan [1989] (2008). *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: Debolsillo.

¹⁸ Naomi Klein ya señalaba en su obra *La doctrina del shock* que los momentos de conmoción son idóneos para implantar nuevos sistemas de gobierno.

como la ausencia de luz en muchos hogares, está provocando sobre las personas el resentimiento de la salud no sólo fisiológica, sino también emocional, provocando (o retroalimentando) patologías como la apatía, ansiedad, depresión o sentimientos de vulnerabilidad, entre otras. Unos sentimientos que no son sino el corolario de la nueva situación en la que estamos sumidos (incertidumbre, pérdida de trabajo, aumento de la carga de trabajo -formal o informal-, convivencias problemáticas). En una situación de miedo, riesgo, confinamiento e incertidumbre los problemas o enfermedades mentales se intensifican y se hacen más palpables.¹⁹

Pero ¿de qué manera está afectando la cuarentena a las criaturas que necesitan correr, saltar, relacionarse con otras criaturas y desarrollar sus habilidades psicomotrices? ¿Puede el confinamiento dejarles secuelas? A pesar de que los y las más pequeñas están demostrando ser responsables y pacientes, las medidas aprobadas por el Ejecutivo han relegado a la infancia en tanto en cuanto no precisan sus necesidades -mientras sí contemplan las de los perros-. Esto, que no deja de ser un ejemplo ilustrativo de que la sociedad que hemos construido lo ha hecho sobre unos valores adultocéntricos, perjudica, de nuevo, a aquellas criaturas cuyas familias no gozan de suficientes recursos económicos, habitacionales y que presentan un bajo capital cultural. Retomando la idea inicial, el Covid-19 no tiene el mismo impacto sobre todas las personas y, en el caso de las criaturas, sus consecuencias tendrán mayor virulencia sobre aquellos y aquellas menores que convivan en un hogar con tensiones y dificultades económicas.

Además, el Coronavirus ha erosionado la antigua hegemonía de la racionalidad científica, tradicional protectora del saber absoluto, en la medida en que no alberga la capacidad necesaria para realizar diagnósticos confiables acerca de este fenómeno. Muestra de ello es la errada previsión realizada por el Foro Económico Mundial en el mes de enero de 2020 que, a principios de año, elaboró un informe en el que identificaba como poco probable la materialización de una pandemia de escala planetaria. A la vista de los acontecimientos, la capacidad técnica de la ciencia para predecir y, por extensión, para protegernos frente a cualquier riesgo ha sido puesta en entredicho. Ahora bien, ¿de qué manera podemos anticiparnos a las amenazas?

Pero, además de los efectos ya descritos, la crisis del Coronavirus también está relacionada **subjetivamente** con la emoción del miedo, que agudiza la experiencia del riesgo. Esta percepción del peligro inminente es una respuesta adaptativa de gran utilidad en la medida en que garantiza nuestras opciones de supervivencia que, sumada

¹⁹ Comprendiendo estas circunstancias, el BOE incorporó modificaciones en el Real Decreto permitiendo la salida a “personas con discapacidad que tengan alteraciones conductuales” (sic) dado el agravamiento de sus patologías consecuencia del confinamiento. Una vez conocida esta medida, comenzaron a difundirse noticias alertando de que algunas de ellas han sido abucheadas por las ventanas. Para evitar estos incidentes, se sugirió que se les pusiera un pañuelo azul como símbolo distintivo. Este componente anticomunitario de la inmunidad exacerbada propiciada por el pánico, que es más una excepción que la regla, se basa en la categorización (o deshumanización) de los individuos. Es decir, su presencia, percibida subversiva en las calles vedadas, es interpretada por la ciudadanía como una erosión de la armonía comunitaria y, por ello, son declarados culpables de manera inapelable. Lo retorcido de esta lógica radica en que, tras la apariencia de la reprobación por sus actos, la condena está realmente aparejada a sus atributos.

a la intervención de los denominados sesgos cognitivos -atajos mentales que dramatizan y catastrofizan con el objetivo último de ofrecer seguridad a los individuos hasta que esa percepción disminuya-. En el contexto del Covid-19, estos sesgos se encargan de reducir la sensación de inseguridad que nos trasladan los medios de comunicación a través de la difusión de noticias que dan cuenta de la situación actual. En el terreno de la incertidumbre al que nos avoca la modernidad tardía se impone así el principio de precaución que, en ocasiones, puede llegar a ser excesiva (como el acaparamiento de recursos básicos, en particular durante las primeras semanas de confinamiento) y producir círculos viciosos (profecía autocumplida) así como un problema mayor para toda la comunidad (histeria colectiva). En la modernidad tardía, singularizada por el fenómeno de la globalización, la expresión de estos miedos se propaga de múltiples formas.

2. Globalización

Apenas cuatro meses después de que los primeros casos del Covid-19 fueran detectados en la ciudad de Wuhan, el brote ha generado una crisis sistémica de alcance mundial y ha puesto en entredicho el sentido mismo de la civilización. En esta condición, la gran pregunta que asola nuestras mentes es: ¿por qué el Coronavirus se ha propagado tan rápido por todo el planeta? La respuesta está en que para quienes pueden acceder a la globalización, el espacio ya no tiene un carácter restrictivo. Sin los flujos inéditos de personas, mercancías e información que caracterizan a esta era, un virus originado en Wuhan probablemente se habría quedado en Wuhan, difícilmente se habría extendido por toda China e imposiblemente por la totalidad del planeta y no habría provocado una concatenación de estados de excepción, una paralización de los sistemas de producción ni la alteración de la vida cotidiana. Sin embargo, a día de hoy los viajes están a la orden del día y la sociedad está conectada a unos niveles que han permitido la propagación de la pandemia entre poblaciones que residen a miles de kilómetros de distancia. La globalización, por tanto, actúa como efecto ventilador: a mayor desarrollo económico-tecnológico, mayor riesgo.

En este sentido, la tesis que sostiene Jürgen Habermas acerca de la modernidad en tanto que proyecto inacabado abre aristas para un acercamiento desde la actualidad.²⁰ La racionalización de los sistemas y el mundo de la vida, orientada a la abundancia material, al menos no da origen a la complejidad de los problemas cubiertos por la misma. En el caso del turismo, que consideramos constituye un buen ejemplo ilustrativo, el resultado de la apertura a un acceso más amplio de esta actividad es el usufructo de los resultados de la racionalización del sistema en forma de ingresos públicos, pero nos encontramos en el riesgo inherente al mismo uno de los efectos perversos de la modernidad: ha posibilitado que una enfermedad local convierta en un problema global. De esta manera, la modernización acaece reflexivamente, por un lado, porque el propio concepto riesgo ofrece la posibilidad de ser espejo y reflejo de la

²⁰ Habermas, Jürgen [1985] (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*. Barcelona: Katz Editores.

modernidad y, sobre todo porque, como lógico corolario del advenimiento de la globalización, los individuos son exonerados de los axiomas de la primera modernidad.

En esta línea, la rapidez con la que se ha propagado el virus ligada al tránsito de personas y al mercado global ha entrado en contradicción con la dificultad que ha supuesto la deslocalización de la producción en China (en cuanto a fabricación de respiradores, material de protección para el personal sanitario y productos básicos de higiene) y ha puesto en evidencia tanto el alto grado de dependencia occidental en el gigante asiático como la posición debilitada desde la que han partido Estados como el español para encarar la crisis. Los golpes que ha sufrido la economía china, la mayor del mundo, contribuyen a desestabilizar, por extensión, la economía global. El Coronavirus perturba cada vez más el buen funcionamiento del sistema bursátil, paralizando incluso su parábola extensiva. Por ello, merece la pena preguntarse si el virus está poniendo sobre la mesa la necesidad urgente de una reorganización del paradigma de la economía global o si no es más que un trampantojo de un capitalismo que, como el ave fénix, tiene la capacidad de renacer ilimitadamente de sus cenizas.

En un mundo multipolar caracterizado, además de por los flujos económicos, por la propagación desenfrenada de la información, podemos distinguir el exceso de información y la multiplicación de herramientas que permiten su vertiginosa diseminación. Para quienes estén familiarizados con Twitter, esta aplicación permite el seguimiento de la evolución de la crisis del Coronavirus en tiempo real: el número de contagios, de fallecidos, de altas, las opiniones de los denominados expertos y las de los no tan expertos. Es una herramienta aparentemente democrática, un altavoz para (casi) cualquier persona. La expectación e incertidumbre que generan su seguimiento diario son mecánicas que se retroalimentan, en parte, debido a la sobredimensión de unas malas noticias que animan a la morbosidad del sensacionalismo (para muestra la difusión de la escasez de papel higiénico, un riesgo ficticio que desembocó en el asomo del monstruo de Hobbes). El miedo, que es altamente contagioso, incentiva las audiencias. Es sencillo advertir, por tanto, la relación entre la magnificación premeditada del Covid-19 y los intereses económicos que se esconden tras ella. La sociedad red, debido a su capacidad para atravesar fronteras, es el escenario idóneo para su transmisión.

Pero a pesar de que las fronteras son hoy tan maleables como la plastilina y tan traslúcidas como el papel de arroz, el Coronavirus ha presentado al mundo ante una paradoja: tal como argumentan algunos y algunas, la curva de contagios ha sido promovida por esa porosidad definida por las dinámicas de la globalización pero, simultáneamente, no existen certezas sobre la capacidad de contención del cierre de fronteras. Y, sin embargo, la solución se halla en la respuesta global. Entre ambos niveles, la figura del Estado-nación parece aspirar a renacer como garante principal de la salud de la ciudadanía y unidad articuladora de la gestión de la crisis. En este punto, resulta imprescindible preguntarnos: ¿estamos asistiendo a la erosión sin retorno o a una *re – state building* que pone de manifiesto la capacidad adaptativa de los Estados al fenómeno de la globalización?

Desde una perspectiva trifocal -individuo, Estado y estructura-, la globalización ha socavado la soberanía de los Estados relevados por unas dinámicas de interdependencia más allá de las fronteras nacionales que, no obstante, no se ha traducido en la eclosión de un gobierno de ámbito global. Así pues, la unidad del Estado-nación continúa articulando unas relaciones internacionales presionado, eso sí, para recortar su soberanía en beneficio de las organizaciones supranacionales y del flujo comercial transnacional. Por este motivo, y con el Coronavirus recalibrando frenéticamente la conjugación de estos niveles, la pregunta obligada es si el papel protagónico de los Estados-nación en las medidas adoptadas para hacer frente a la crisis de la pandemia se traduce en la degeneración de las unidades supranacionales y de lo global, al menos tal como lo hemos entendido hasta ahora. Entendida la relación entre lo global y lo nacional como una balanza, un riesgo de estas dimensiones que amenaza la vida humana parece inclinar el contrapeso hacia un repliegue nacional a nivel político, relegando la gobernanza global al menos hasta que desaparezca el miedo.

La implementación de bloqueos, las medidas sanitarias, la restricción a la movilidad y el propio confinamiento, en ausencia de una toma de decisiones conjunta, siguen las ordenaciones nacionales que difieren entre los Estados miembro de la Unión Europea y, como es nuestro caso, entre los gobiernos centrales y autonómicos. Las fronteras trazadas por el Acuerdo de Schengen se han visto socavadas por unas lógicas chovinistas y centralizadoras que, además, están propiciando el auge de los populismos más reconocidos de nuestra contemporaneidad. Entre ellos Boris Johnson, quien menospreció la importancia de la curva de contagios (y cuyo positivo puede interpretarse como un acto de justicia poética y un irónico símbolo de su gestión de la crisis del Coronavirus); Donald Trump, que insiste en vincular el origen del brote con un laboratorio chino; Marine Le Pen, quien exigía a Bruselas el blindaje de las fronteras europeas en una defensa a ultranza del localismo frente al globalismo; o su antítesis, Jair Bolsonaro, que niega la gravedad de la pandemia y critica las medidas de confinamiento que otros Estados han adoptado para su contención.

Si bien con el proceso de globalización el modelo de Estado westfaliano había entrado en crisis por una pérdida de capacidad estatal desde arriba, la fragilidad de las instituciones internacionales ha impulsado ese repliegue a las prerrogativas nacionales en materia de políticas de bienestar como condición *sine qua non* para contener la curva de contagios. Sin embargo, en la crisis del Coronavirus no todo tiene carácter nacional, como demuestra la misma pandemia. Por un lado, la OMS nos ha proporcionado pautas precisas en un intento por coordinar globalmente la emergencia sanitaria; por otro, las investigaciones que aspiran a encontrar una vacuna se desarrollan en grupos transnacionales. La cancelación de los diferentes eventos ha pendido de las decisiones de instancias internacionales y, sin embargo, la activación de un paquete de planes de contingencia no sigue una directriz coordinada y multilateral en un contexto de máxima incertidumbre. Entonces, ¿en qué escenario político nos encontramos?

Pese a lo que pudiera parecer, la crisis del Coronavirus está demostrando la fragilidad de la gobernanza europea -aunque no estamos asistiendo a la disminución de la

soberanía supranacional-, pero esto no equivale a un fortalecimiento de los Estados postwestfalianos, cuya capacidad agencial se ha revelado en entredicho. Esta crisis es una muestra más de la tela de araña que constituye el proyecto de la globalización: no es posible un retorno total a lo nacional, pero tampoco existe ni el marco ni la voluntad necesaria para revolucionar la gobernanza global. En este contexto, tomando como referencia las reflexiones de Daniel Bell,²¹ el Estado español se asume, al mismo tiempo, como demasiado pequeño para poder resolver un problema que atraviesa fronteras, y muy grande para responder a realidades que requieren exhaustivas medidas territorializadas dada la complejidad de las mismas. En paralelo, la forma del Estado, al determinar en parte las pautas de su propia evolución, afecta también sobre las expectativas de la ciudadanía y sobre la acción colectiva. Así, en este contexto de alerta global, podemos atender a un fenómeno que resulta ciertamente opuesto a las lógicas que impone la globalización: el fortalecimiento de los lazos con la comunidad. Tal vez en aras de huir de la incertidumbre para abrazar la seguridad de lo cercano y lo conocido se refuerzan los lazos sociales más primarios.

3. Opacidad

Como vemos, el Coronavirus ha posicionado en una encrucijada a muchas de las instituciones y estructuras más importantes de la vida social a nivel mundial. El hecho de que la lógica capitalista de maximización de la ganancia e incremento de la producción en la que se sostienen nuestras economías sean incompatibles en este momento con las medidas necesarias para contener la expansión del virus, como los confinamientos masivos, ha generado una gran contradicción en nuestra forma de entender la vida y el funcionamiento de las cosas. El primer plano de la incertidumbre lo encontramos en la cartografía de los **fallos de diseño** o, en otros términos, la falta de planificación que ponen de relieve cuestiones como la contradicción entre el funcionamiento del motor económico, el llamamiento a quedarse en casa para evitar contagios y la seguridad de aquellas personas que han tenido que acudir presencialmente a sus puestos de trabajo. En el caso de Euskadi, ante el miedo a que la actividad económica entrara “en coma”, se flexibilizó tanto como fue posible el concepto de servicio esencial, trasgrediendo el sentido marcado por el Real Decreto y haciendo posible la prestación de actividades no esenciales. Proteger la salud de los y las trabajadoras así como del resto de la ciudadanía, en la medida en que los primeros corren el riesgo de convertirse en vector de contagio, no ha sido en la práctica una de las prioridades de los jeltzales.²²

²¹ Citado en Giddens, *op.cit.*

²² No nos resistimos a reproducir las declaraciones de Koldo Mediavilla, portavoz del Euskadi Buru Batzar, puesto que proporcionan elementos que clarifican no sólo el antagonismo de clase sino la postura del gobierno en esta crisis: “Sindicatos y partidos instalados en la confrontación, que reclaman el cierre total de la actividad productiva para, a renglón seguido, exigir de las autoridades gubernamentales el amparo, la protección y el subsidio de todo el personal parado. Demagogos reivindicativos que sólo hablan de «derechos» y jamás de «deberes»” (sic).

Otra de las fuentes que genera incertidumbre entre la ciudadanía tiene una doble vertiente en lo que se refiere al sistema de cuidados: por un lado, el colapso de la sanidad pública, que ha mostrado sus limitaciones y deficiencias -como lógico corolario del estancamiento que se ha producido en la última década en la evolución del gasto sanitario y la precariedad en personal y medios que éste ha generado-, ha sometido a las arquitecturas sanitarias a, probablemente, la mayor presión de su historia; por otro lado, el desconocimiento de las propias administraciones, el hermetismo y la escasez de información en cuanto a las cifras de muertes en las residencias de ancianos -epicentros de la crisis sanitaria-. Esta estrategia basada en la opacidad y en el silencio probablemente no es más que una evidencia de la jerarquización de los valores en el sistema neoliberal, ya que probablemente esté alentada por el miedo a que las cifras de fallecimientos entre residentes ponga en riesgo su economía y el prestigio que algunas de ellas se han labrado a lo largo de los años. Sin embargo, este ocultamiento no sólo aqueja a los familiares, sino también a la gestión municipal en tanto en cuanto retrasa las actuaciones de urgencia en caso de ser necesarias.

La incertidumbre también se explica por los **fallos del operador**, el error humano que nos proporciona un ápice de esperanza frente al creciente proceso de robotización que ya vaticinaban los y las amantes del *cyberpunk* en la década de los 80. En este sentido, se podría decir que el riesgo de contagiarse por Coronavirus ha podido verse intensificado por el propio orden de las cosas, por lógicas que, pese a ser fruto de acciones humanas, se presentan como realidad objetivada que no es fruto de un proceso consciente. Entre ellas, podemos mencionar las propias dinámicas de socialización asociadas a cada comunidad (en nuestro caso, constituyen algunos ejemplos las acciones de potear con los amigos, los juegos al aire libre de las criaturas, el acudimiento a eventos multitudinarios, y un largo etcétera), unas acciones humanas e inconscientes que aumentaban el riesgo de contagio dado que, hasta el decreto del estado de alarma, vivíamos en un relativo desconocimiento.²³ El propio Ministerio de Sanidad, en una actualización de la información proporcionada sobre el Covid-19, ha admitido que el porcentaje de personas contagiadas se debe, entre otros factores, a falta de información en una fase inicial del virus y al propio desconocimiento de la transmisión de la infección a partir de casos asintomáticos. De esta manera, la falta de transparencia y el acceso a la información han tenido un efecto negativo sobre la curva de contagios.

Esta desinformación, sin embargo, también ha venido de la mano de los medios de comunicación. En la tesitura de esta pandemia, las *fake news* se han convertido en el altavoz idóneo para aquellas voces reaccionarias que persiguen obstaculizar el debate político. Los bulos alentados por los mono y oligopolios así como por la extrema derecha española (si es que no son los mismos), cuyos compinches en la prensa y en las redes sociales han sido de gran utilidad para que sus acólitos mantengan la algarabía de la “incorrección política” (que no es más que una nueva metáfora para hablar del

²³ Nos desmarcamos de la extendida idea de la manifestación del 8M como “infectódromo” (Isabel Díaz Ayuso [sic]). Creemos que, independientemente del proceso de adopción de medidas por parte del Ejecutivo, el impacto del Coronavirus descansa sobre factores estructurales.

mantenimiento del *statu quo*) pero también para alentar esa correlación popularmente extendida entre política institucional y mentiras. Lo que se encuentra detrás de las *fake news* no es sólo el lucro que generan los *clickbait*, sino una disputa por el relato. Esta carrera se ha disputado mayoritariamente en las redes sociales, donde la explosiva combinación entre bulos y granjas de bots han presentado resultados inéditos en la pugna por desestabilizar al adversario político. Pero la desinformación premeditada no ha venido acompañada únicamente por las bases de estos oportunistas reaccionarios, la ciudadanía, muchas veces por desconocimiento, ha sido gran colaboradora en la difusión de mensajes malintencionados que generan confusión, miedo, odio e insolidaridad. Precisamente por este motivo, y como una cuestión ética, debemos exigir y contrastar la veracidad de las noticias.

Asimismo, se ha constatado que el riesgo es un objeto político en la medida en que las inseguridades que se generan en el espectro social contribuyen a colindar el ejercicio del poder en las sociedades coetáneas. Así, la emergencia sanitaria del Coronavirus está poniendo a prueba a las administraciones de diferentes maneras. La más clara es, probablemente, la gestión directa del gobierno central en aras de contener la progresión del virus. Pero ¿qué sabe la ciudadanía acerca del ejercicio de la gestión pública? Existe un desconocimiento generalizado en torno a las instituciones -interpretadas como *cajas negras*, cuya complejidad y abstracción normalmente se mitiga a través de la reflexividad- así como sobre el funcionamiento interno de servicios centrales en el mantenimiento de nuestras sociedades como la sanidad, el abastecimiento de los supermercados, las redes de comunicación que nos conectan o la limpieza de las calles. Como decimos, son cuestiones que generalmente ignoramos pero, ante una crisis que alienta la paranoia, comienzan a suscitar interés. Por este motivo, para los y las profanas es inevitable preguntarse desde una consideración humaniana si no fallarán como consecuencia de la crisis.²⁴ Así pues, ante la incertidumbre generada por la pandemia del Coronavirus, es responsabilidad de los/as actores políticos proporcionar datos e información confiable a la ciudadanía acerca de los diferentes escenarios que se barajan frente a la propagación del virus.

4. Confianza

La complejidad del mundo se mitiga, de alguna manera, a través de una confianza en los sistemas abstractos de movidiza naturaleza reflexiva que se extrapola a través de la creencia metafísica pero también de la evidencia posible, por lo que esta noción nos sirve de base a la seguridad ontológica, descartando la ansiedad existencial y orientándose hacia la permanencia de la cohesión social, del progreso y la acción política.

²⁴ Como paradigma de la reformulación del principio de causalidad, el filósofo David Hume se preguntaba retóricamente si el Sol saldría al día siguiente. Igualmente, la ciudadanía podría preguntarse si hay garantías de que el mundo, en sus múltiples dimensiones, seguirá funcionando tras la crisis.

Siguiendo la estela propuesta, podemos observar la pérdida de confianza en este Estado demasiado grande, ya desgastado desde la crisis económica de 2008, en el momento en que decidió centralizar el material así como recentralizar algunas prerrogativas de las comunidades autónomas tras decretar el estado de alarma, poniendo de relieve una clara competencia con los contrapoderes sub-nacionales que pelean por reforzar sus potestades. Efectivamente, en la medida en que un Estado-nación tiende a centralizar por arriba el control de los riesgos acentuados por el fenómeno de la globalización (sistema político, sanitario, económico, de la comunicación, etcétera), surgen ventanas de oportunidad por abajo para que los niveles inferiores de gobierno asuman o reclamen la gestión de los asuntos más concretos de la vida cotidiana, consiguiendo de esta forma incrementar su legitimidad. En este contexto globalizado, las unidades periféricas como el Gobierno Vasco entran en competencia con el Estado español en la lucha por estar presente y tomar posiciones en los cruces de una amplia red de poderes mundiales.

No obstante, las divergentes voces que nos llegan desde los líderes políticos suenan más a una cacofonía que a una eufonía. La falta de coordinación entre los diferentes niveles políticos, que ofrecen desde la impotencia respuestas totalmente disonantes ante la misteriosa e implacable propagación del virus en temas como la gestión de los hospitales y la protección de la salud y seguridad de trabajadores y ciudadanía en general, pasando por la gestión económica y la contención de la transmisión de la propia enfermedad. En este sentido, no es difícil suponer que cuestiones como la tardía actuación del lehendakari, las ausencias institucionales (ilustradas en el “largo silencio” de la Consejera de Salud del Gobierno Vasco, Nekane Murga, en una entrevista concedida a El Correo), la mercantilización de la vida (trasladando a la ciudadanía la responsabilidad de un previsible *shock* económico en función de hacia dónde se incline en la balanza salud/trabajo) o la despolitización de lo público (minimizando y cuestionando la importancia de un test alternativo de diagnóstico desarrollado por un equipo de investigadores de la UPV/EHU) han profundizado la angustia de las personas y debilitan la confianza en sus líderes políticos, quienes durante el Aberri Eguna clamaban sin pudor: “Euskadi Aurrera. Lortuko Dugu!”. Lo conseguiremos, sí, pero os excluimos de ese plural mayestático.

Tampoco parece haber un depósito de la confianza ciudadana en instituciones como el mercado o los bancos en la gestión de esta situación. La necesidad de asirse a un terreno firme encuentra en las instituciones propias del estado social un aparente núcleo de seguridad y tranquilidad frente al caos. Al menos de certeza aparente. Así, Osakidetza puede haber salido fortalecida (este rasgo puede observarse en los rituales de aplausos dirigidos a demostrar la confianza de la población en la función pública del sistema sanitario en la medida en que se trata de un servicio indispensable no sólo para vivir en sociedad sino para vivir en el sentido más biológico de la palabra), lo que se podría deber a que su uso se está incrementando y a una perspectiva histórica de la financiación del sistema sanitario que, aun manteniendo el nivel de exigencia, permite percibir la respuesta favorable de los profesionales de la salud. Por lo tanto, en esta coyuntura de emergencia sanitaria, la confianza hacia esta estructura está siendo más alta que nunca, dado que percibimos el peligro sanitario de la manera más cercana y globalizada que imaginaríamos jamás. En esta misma línea, también se ha depositado

confianza en redes como el transporte, la reposición y venta de diferentes artículos en los supermercados, visibilizando la importancia de muchas profesiones hasta ahora infravaloradas en nuestras sociedades.

Pero la crisis sanitaria provocada por el Coronavirus ha socavado también una crisis de confianza en los mercados financieros. Como ya hemos comentado, el primer sistema que se derrumbó con la irrupción de la crisis del Coronavirus fue el mercado financiero ilustrando de esta manera que la enigmática circulación del capital se sostiene sobre un bien inmaterial que veníamos dando por sentado: la salud. Si actualmente la confianza de la ciudadanía recae sobre el sistema sanitario, ¿cómo se sostienen los mercados ante una incertidumbre errática que aleja ya no sólo a los profanos sino a los propios inversores? La confianza en un futuro distópico se fue labrando con la garantía, en mayor o menor medida, de un sistema de salud que, paradójicamente, se ha visto menoscabado por su carácter presupuesto a través de una reducción continuada de la inversión pública en el sistema de sanidad. Una ironía mayor se encuentra en el despilfarro por parte de las instituciones privadas de los bienes públicos sin advertir que esto obstaculizaría los intercambios que hacen posible el universo de la economía. Ante las previsiones de un hundimiento financiero que llevará aparejado unas altas cotas de desempleo así como un lento crecimiento a nivel global, nos preguntamos si las instituciones económicas revalorizarán los beneficios sociales de la salud y colaborarán, junto con el Estado, en el camino en sus diferentes dimensiones hacia la salida de la crisis.

En cuanto a los medios de comunicación, también parece percibirse una caída en la confianza de la ciudadanía ante la preocupación de una transmisión de información poco veraz, no contrastada e incluso malintencionada. Asimismo, y dado que el objetivo actual se tiene orientar hacia un equilibrio en la balanza precaución/tranquilidad en aras de garantizar un funcionamiento óptimo del sistema, además de la difusión de las recomendaciones que la ciudadanía debe cumplir para evitar el contagio quizá sería conveniente dirigir algunas recomendaciones a los medios de comunicación en cuanto a cómo transmitir las noticias a la opinión pública para evitar que cunda un pánico que es tan contagioso como el propio Covid-19 y, en última instancia, evitar también que aumenten las cotas de desconfianza hacia esos sistemas abstractos que son la base de nuestras vidas. Es probable que a ello respondan las comparecencias diarias para dar cuenta de las novedades y de la evolución del Coronavirus en un intento del Gobierno por mostrarse transparente y recuperar esa confianza a la que tanto exhortan los diferentes mandos políticos.

Así, en medio de la incertidumbre y el confinamiento, los expertos analizan la evolución de la crisis y nos ofrecen explicaciones en un intento por evitar la angustia emocional de las personas. Para evitar un *crash* en la vida cotidiana, la vida moderna requiere de confianza en el sistema de expertos (no tanto de expertas) que, como posible diagnóstico a esta epidemia, nos están recetando un mundo solidario y unido donde la vacuna consiste en confiar en la ciencia de una manera no muy distinta a la fe religiosa,

siendo la base de la confianza su presunto conocimiento y experiencia en cuestiones concretas.

Esta confianza, que nos aporta esperanza y seguridad frente a la crisis del Coronavirus, se refleja en los dibujos que las criaturas han colgado en las ventanas y balcones de sus viviendas y en las dificultades que la misma situación hacen sobrevenir en el caminar hacia este objetivo. Paralelamente, la esperanza va de la mano de la acción tanto individual como colectiva. En la asunción o no del compromiso individual radica la consecución final del freno del contagio. No tendrían sentido la una sin la otra en la medida en que es necesario que la ciudadanía al completo contribuya en la tarea colectiva de superar una situación que nos afecta al complejo de la sociedad. En estos momentos de incertidumbre nos encontramos ante una doble interdependencia: las acciones (o inacciones) de cada persona repercuten sobre la comunidad, de ahí la necesidad de una unidad colectiva (aunque, por descontando, manteniendo la distancia recomendada).

Conclusiones

Aunque con cierta prudencia, es ineluctable plantearse durante estos días qué mundo acaecerá después del Coronavirus. Suponemos, sin demasiado margen de error, que se avecina una de las mayores crisis globales de los tiempos contemporáneos. El Covid-19, además de una enfermedad biológica, es un síntoma de la crisis Sudoku (crisis cíclica del capital, crisis global, crisis civilizatoria, crisis política, crisis de cuidados, crisis ecológica) evidenciada y acelerada por la fluidez inherente a la globalización que ha puesto en entredicho la implementación mundial y acrítica de la democracia liberal. *El fin de la historia*, respaldado por Francis Fukuyama, ha demostrado ser una artimaña pues, a la vista de los acontecimientos, los escenarios de la historia son impredecibles. Por este motivo, la gestión que se adopte en torno a este desafío en los meses venideros determinará la dirección que tomará el globo a lo largo de las próximas décadas en todos los ámbitos de nuestras vidas.

Desde una perspectiva optimista, quizá auspiciada por el júbilo de los aplausos vespertinos que agradecen a quienes estas semanas han estado velando por nuestro bienestar, nos aventuramos a preconizar una nueva definición de lo colectivo auspiciada por el contexto que estamos viviendo. Esta redefinición requiere de una actuación responsable, solidaria y empática ante el miedo y la incertidumbre que seguramente sentimos frente a los posibles escenarios a los que nos va a avocar la crisis del Coronavirus. Pero este *reframing* ha trascendido el entramado social y se ha incrustado en lo político dando lugar a un debate necesario en torno a cuestiones como la solidaridad, la responsabilidad y la corresponsabilidad ciudadana. Por supuesto, para que tal marco no desfallezca en el largo camino que aún nos queda por recorrer la ciudadanía tendrá que articular muchas preguntas y exigir que se aborden los diferentes desafíos que este nuevo tiempo de pandemia está imponiendo.

Precisamente, el Coronavirus ha logrado poner sobre el tablero de juego la crisis de cuidados que a diferencia de lo que muchos pensaban no es coyuntural sino estructural.

¿Por qué sino han colapsado durante esta crisis? La visibilización de esta reivindicación está haciendo aflorar la necesidad de un cambio de paradigma que permita situar las vidas en el centro. ¿Qué significa esto? Significa mirar a la cara a nuestras vecinas desde nuestra ventana; significa garantizar la sostenibilidad de la vida humana en colectivo; significa reivindicar unos estilos y ritmos de vida que sean compatibles con nuestro bienestar. Significa, a fin de cuentas, garantizar la buena vida humana y del planeta. Esta revolución del funcionamiento y organización social tal como lo hemos conocido hasta ahora que ha sido impulsada en tan sólo unos días por el Covid-19, y que parecía inmutable debido al negacionismo de muchos, nos permitirá no sólo estar vivos y vivas, sino estarlo con una próspera calidad de vida.

Asimismo, la necesidad de revalorizar la res pública y de transformar profundamente en materia de políticas públicas y las dinámicas de crecimiento económico que son incompatibles con la vida humana es uno de los debates sobre los que se debe poner el acento. Probablemente el mejor ejemplo es el sistema sanitario, cuya arquitectura se ha visto sobrepasada y extenuada ante el elevado pico de contagios y enfermos a los que ha tenido que dar cobertura, evidenciando así que ni los servicios públicos pueden quedar al albur del mercado ni debe permitirse que servicios básicos como la alimentación, los servicios funerarios o las residencias de ancianidad acaben sumidos en la trampa de la especulación. Después de lo visto, ¿podrían ser las fórmulas de economía mixta una respuesta clarificadora para los problemas de desabastecimiento de los muy diversos recursos? Lo que está claro es que existe una interdependencia entre los diferentes actores sociales (científicos, médicos, empresarios, sindicalistas, agricultores, cooperativistas, por citar algunos) y, por tanto, debería favorecerse la posibilidad de tejer redes y crear proyectos comunes con el objetivo último de universalizar los recursos materiales e inmateriales en beneficio de la comunidad.

Otra cuestión que se ha puesto de relieve ha sido la necesidad de federalizar los procesos de toma de decisión que en el contexto de emergencia sanitaria se han centralizado en el Ejecutivo español bajo el pretexto del principio de eficacia. Con un único ente planificador, la posibilidad de anticiparse a consecuencias económicas, políticas o sociales inherentes a las particularidades de cada territorio no ha sido tarea fácil. A contrapelo, garantizar el intercambio de información entre diferentes niveles gubernamentales podría haber permitido reducir algunos errores derivados de la tardanza procesual de las instancias estatales. Lo que es evidente para muchos y muchas es que la democratización de la política en un mundo postcoronavirus tendrá que pasar necesariamente por una delegación de competencias y un robustecimiento económico como elementos constitutivos de la prevención o, en última instancia, de la reacción frente a crisis de cualquier tipo. En este sentido, sería posible coordinar y articular las redes municipales que han surgido o visibilizado en diferentes puntos del planeta con aquellas existentes en los planos regional, estatal e incluso internacional.

La oportunidad que esta experiencia ha abierto debe ser aprovechada para reconfigurar el contrato social y caminar hacia esa naturaleza humana empática y cooperativa que durante estos días ha demostrado preocuparse por las desigualdades sociales en todas

sus vertientes. De esta manera, las respuestas post-pandémicas requerirán de una voluntad colectiva y simbiótica, como ya han dado cuenta de ello las numerosas iniciativas ciudadanas para ayudar a la población más vulnerable, decidida a despatriarcalizar, descapitalizar y descolonizar un mundo de la vida que haga posible que a pesar de que nuestros cuerpos estén confinados, nuestros corazones permanezcan unidos.

Bibliografía

- Collins, Patricia Hill (1990). *Black Feminist Thought. Knowledge, consciousness, and the politics of empowerment*. London: Routledge.
- Eurostat (2018) *EU-Labour Force Survey*. [En línea]. Disponible en: <https://ec.europa.eu/eurostat/web/microdata/european-union-labour-force-survey>
- Federici, Silvia [2012] (2013). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Giddens, Anthony [1990] (1993). *Consecuencias de la modernidad*. [Trad.: Ana Lizón Ramón]. Madrid: Alianza Editorial.
- Habermas, Jürgen [1985] (2008). *El discurso filosófico de la modernidad*. Barcelona: Katz Editores.
- Instituto Nacional de Estadística (2019). *Encuesta sobre Equipamiento y Uso de Tecnologías de Información y Comunicación en los Hogares*. [En línea] Disponible en: <http://www.ine.es/>
- Instituto Nacional de Estadística (2018). *Salario anual medio, mediano y modal. Salario por hora. Brecha salarial de género (no ajustada) en salarios por hora*. [En línea]. Disponible en: <http://www.ine.es/>
- Klein, Naomi [2007] (2012). *La doctrina del shock*. Barcelona: Planeta.
- Mbembe, Achille (2011). *Necropolítica*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- Morgan, Kathryn Pauly (1996). “Describing the Emperor’s New Clothes: Three Myths of Educational (In-)Equity” en Diller, Ann (ed.) *The Gender Question In Education Theory, Pedagogy, And Politics*. Boulder: Westview Press.
- Orozco, Amaia (2006). “Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico”, *Revista de Economía Crítica*, no. 5, pp. 7-37.
- Platón (2004). *El banquete*. Madrid: El libro de bolsillo.
- Slavoj, Žižek (2006). *Arriesgar lo imposible. Conversaciones con Glyn Daly*. [Trad. Tomás Fernández y Beatriz Eguibar]. Barcelona: Gedisa.

- Sontag, Susan [1989] (2008). *La enfermedad y sus metáforas*. Barcelona: Debolsillo.
- Sztompka, Piotr [1993] (1995). *Sociología del cambio social*. [Trad.: Ángel Rivero Rodríguez]. Madrid: Alianza Editorial.
- Young, Iris Marion [1990] (2000). *La justicia y la política de la diferencia*. [Trad.: Silvina Álvarez]. Madrid: Ediciones Cátedra.